La sombra del Libertino

HERNAN VIDAURRAZAGA

EDITORIAL DUNKEN

LA SOMBRA DEL LIBERTINO

HERNAN VIDAURRAZAGA

LA SOMBRA DEL LIBERTINO

EDITORIAL DUNKEN
Buenos Aires
2013

Vidaurrazaga, Hernan
La sombra del Libertino.
1a ed. - Buenos Aires: Dunken, 2013.
64 p. 15x21 cm.

ISBN 978-987-02-6342-5

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

Contenido y corrección: Hernan Vidaurrazaga

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina

e-mail: hernanvidaurrazaga@hotmail.com
ISBN 978-987-02-6342-5



ÍNDICE

La naturaleza se asemeja a esas mujeres
que tienen un ojo azul y otro negro.
He aquí el ojo negro dibujado con tinta,
con la tinta de la virtud dudosa.

JULES BARBEY D'AUREVILLY,
Les diaboliques





LAURÉLIE



I

Lo único que perduró en mí fue apenas un vago recuerdo de ese laberinto engañoso al que llaman vida, que no dejó más que imágenes frías, perdidas en una nebulosa desbordante de las tragedias que mi alma jamás hubiera admitido en su juventud. Recordar podría ayudarme a creer que todo pertenece a un pasado distante, que todo fue increíble, que aún lo es. Quiero rearmar el pasado a mi antojo, dejarlo fluir hacia la perversidad, alejar la sombra de lo que quise, acercar el esbozo del más insignificante deseo. Creo que no quiero saber con certeza cómo ocurrieron realmente los hechos. Hallé la angustia y fue como si los ángeles me hubieran negado esa impresión durante toda mi vida. Los días transcurrieron desordenados, como un capricho aferrado a una voluntad enferma, y así como cada suceso, parecían estar ligados a una locura antojadiza, seductora, atrapante, que llegó misteriosamente precedida por un guiño de ojos, algunas veces resuelta, y otras, sumamente siniestra en su manera de florecer, sumisa, silenciosa, descubriéndose de a poco, como quien juega a esconderse detrás de

una cortina, provocando entre risas, asomándose con la timidez del invitado que está por salir a alborotar la reunión.

II

Recuerdo que saboreé mis lágrimas a medianoche y al despertar con las primeras luces de la mañana aún sentía su desagradable sabor agridulce. Estaba acostado, retorciéndome ferozmente entre las sábanas, tenso, empapado de pies a cabeza por la mezcla del llanto y el sudor provocado por la fiebre. Afuera, una tormenta amenazaba con arrasar todo lo que encontrara a su paso. La lluvia golpeaba violentamente contra los vidrios de la ventana, y aun así podía oír el latido de mi corazón acelerarse cuando el cielo se iluminaba con cada relámpago. Tenía la boca reseca y mi garganta dejaba pasar el aire suficiente para seguir respirando. No sé cuántas horas alcancé a dormir, ni siquiera sé si pude hacerlo. Fue una de esas noches extrañas, pero no había sido la primera, y tristemente entendí que no sería la última.

III

Nunca me preocupé por mí mismo. Desde que llegué al hospital lo único que realmente me importó fue saber cómo estaba Laurélie, como si no me afectara en absoluto la miseria en la que había caído. Tuvimos una conversación minutos antes de la tragedia. Luego susurró algo a mi oído, algo que no llegué a entender y a lo cual no supe qué responder, algo que me pesa por la intriga. Apretó mi mano con tanta fuerza que aún hoy la siento. Recuerdo su sonrisa tensa, nerviosa. Desearía no haber sentido el pánico del que cayó prisionera y que se dibujó en su rostro cuando el vagón se sacudió por primera vez. Pero algo curioso se mostró vacilante de ser develado: después del accidente, no tuve noticias de ella. Y a mi desesperante preocupación la encubría una pequeña esperanza que se desvanecía entre mi sueño agitado por aquel desencuentro hostil, por la mediocridad de pensar que era tarde, por el deseo de abrazarla y el miedo de saber que ese deseo no obedeció jamás a la distancia. Todo en mi vida había sido perfecto. Pero un mensaje cargado de desvelos me hizo pensar en esto, en aquello, en lo que fue, en la sensación de soledad. Desde el día en que la conocí, Laurélie fue el gran amor de mi vida, y nunca hubiera pensado que tiempo después se convertiría en el gran

misterio de mi vida. Tampoco hubiera imaginado que mi propia vida se convertiría en un gran misterio.

IV

Aquella noche los faroles de la estación brillaron con mayor intensidad, y como en un ingenuo juego de seducción, las estrellas cedieron ante su resplandor. Las acacias disimuladas en la oscuridad bordeaban las calles laterales pintando un paisaje estupendo. Llegamos alrededor de una hora antes y aun así nos apresuramos al ver que la locomotora esperaba pacientemente. El andén estaba repleto de sueños que corrían de aquí para allá acompañados de personas que acarreaban su equipaje. Miré a mi alrededor intentando retener ese momento, y no sé por qué lo hice, no me arrepiento, pero de haber olfateado a la Muerte que sin vergüenza se lució con boletos de primera clase, hubiera borrado de mi mente aquella escena que horas más tarde reapareció funesta, recelosa de esa primera impresión. El bullicio de la multitud era ensordecedor. Las lágrimas que caían de algunos rostros pasaron desapercibidas. Laurélie estaba sumamente nerviosa. Todo era impredecible, ¿qué podíamos esperar después de aquella noche? Justamente, todo. De modo que no era de extrañarse que un aluvión

de sensaciones contradictorias me hiciera perder el equilibrio. La risa y el llanto, el miedo y la confianza, la calma y la desesperación. Todas pasiones dignas de ser silenciadas solo con la gracia de esas melodías que únicamente Laurélie podía entrelazar. Nos acomodamos en los asientos quince y dieciséis según indicaban los boletos. Mientras el tren se alejaba de la estación, quien sabe qué clase de melancolía la invadió para que, luego de una mirada al andén, suspirara de tal forma que no me atreví a preguntarle qué sucedía. Dejamos atrás la ciudad y me sentí arrinconado frente a la desolación de ese campo sombrío e infinito que se extendía en el horizonte, donde ocultos entre los pastos detrás de los cercos, los ojos vigilantes de la noche se mantuvieron dispuestos para ser testigos de lo que más tarde ocurrió. Llevábamos unas dos horas de viaje y a pesar de los movimientos bruscos del vagón estuve dormido la mayor parte del tiempo. Entreabrí los ojos y miré a Laurélie. Estaba completamente desvelada, descansaba la cabeza en su mano y observaba el paisaje nocturno con la mirada atenta, como si no hubiera podido desprenderse de esa melancolía que llevaba consigo. Su rostro pálido en blanca luna, un pañuelo apretado con fuerza y una lágrima que se deslizó por su mejilla hasta caer en sus manos. No lo entendí en aquel momento, pero como si lo hubiera sabido, ella nos estaba llorando.

V

El agotamiento por las extensas horas de reposo había alterado mi sueño, y por las noches se hacía cada vez más difícil conciliarlo. Me iba venciendo de a poco, y cuando ya no me importaban las heridas, ni los gritos de dolor que aturdían desde alguna cama lejana, ni las puertas que chirriaban o los pasos resonando en los pasillos, dormía algunas horas hasta que me dejaba sorprender por la mañana. En un hospital, el sonido de cada paso es el auxilio de quien corre para ahuyentar a la Muerte, mientras que cada grito revela por dónde se esconde. Es escurridiza, se oculta hábilmente, pero cuando los bramidos se oyen cada vez más cerca, se adivina su presencia, su audacia, su máscara velada por su ambigua apariencia. Y no se puede hacer más que cerrar los ojos, apretar los dientes con fuerza y rogar que se pierda, que se arrepienta y se aleje. Era difícil descansar con tanto ruido, con tanto dolor, con esa angustia que envenena mientras anuncia con descaro que no existe antídoto, con preguntas que ni el Diablo se dignaba a responder. Asomó un ángel perdido en ese laberinto infernal y un placentero cosquilleo recorrió todo mi cuerpo, desde la nuca hasta los pies. Respiré hondo y a pesar de la inevitable ansiedad que me abordó, me sentí extrañamente relajado. Luego descubrí su abandono y

todo se oscureció. Mi pasado, mi presente y mi futuro parecían diluirse con unas pocas e incomprensibles palabras sueltas. Todo lo sucedido en mi vida se oía como un balbuceo apenas perceptible. Un balbuceo que rápidamente se convirtió en el murmullo de miles de sombras que, sin pedir permiso, entraron por la puerta entreabierta de mi habitación. Miles de sombras sin rostro que aullaban mientras convertían el día en noche, sombras que se hospedaron en mi alma y que traían consigo el rumor de que algo terrible había pasado con Laurélie. Perseguí con la mirada su revoloteo y tapé mis oídos para ignorar sus burlas. Sentí un vacío inmenso, una fría inquietud totalmente invasiva. Supe que algo había cambiado.

VI

Salí del hospital una mañana de agosto. Recuerdo que el viento sopló con una calidez añorada, mostrándose impaciente por desparramar uno por uno aquellos magníficos suspiros que anuncian un cambio de estación. Un ligero desahogo logró estremecerme, como si la intención de la brisa hubiera ido un poco más allá de su naturaleza para regalarme una caricia que amablemente hacía a un lado la oscuridad de mi alma. El aire traía consigo gratos recuerdos, de esos a

los que no los retienen las palabras, que solo son sensaciones difíciles de explicar. Me detuve en la puerta por un instante. Era extraño no saber a dónde ir. El brillo del sol me enceguecía. Me di cuenta de que no lo había visto en semanas sin que se interpusiera entre nosotros el cristal de la ventana.

VII

El regreso a casa me pareció interminable. Quizás lo fue. No recuerdo si viajé durante horas, es probable. Las mismas casas, los olores de cada esquina, el encanto de las calles y las personas se transfiguraban cientos de veces en el mismo lugar. No podía calmarme. En ese momento todas mis esperanzas estaban depositadas en que abriría la puerta y Laurélie estaría allí. Olvidado el mundo a mis espaldas, solo podía tener la vista fija al frente. Y en este caso, mi mente no admitía sorpresas. Lo único que quería era que sucediera lo que ya estaba convencido de que iba a ocurrir. Solo podía esperar una cosa al abrir esa puerta. Pero todo era ilusorio, Laurélie no estaba allí. Hubiera sentido su sonrisa antes de verla. La casa estaba desierta, o al menos eso creí en un principio, porque había en realidad un alboroto significativo. En definitiva, nada tenía que ver con el silencio que esas paredes guar-

daron durante años. Los libros desparramados jamás habían sido leídos, ninguno de ellos. No parecía mi casa. El vacío, la ausencia, o tal vez todos esos días confusos, me hicieron creer que no había pisado mi propia casa en años. Todo se veía diferente. Los largos tablones del piso de eucaliptos estaban descoloridos y cubiertos por una espesa capa de polvo. Al parecer, las arañas habían tenido el tiempo suficiente para preparar sus trampas por todos los rincones sin ser molestadas. Las pesadas cortinas cerradas filtraban unos pocos rayos de sol que resaltaban la suciedad y el desorden. Pero así eran las cosas sin la sonrisa de Laurélie, nada podía brillar sin ella. Los sillones en los que solíamos sentarnos cada noche estaban cubiertos con sábanas blancas, como si alguien hubiera tenido la precaución de protegerlos del polvo, sabiendo que no serían usados en años. Pero yo no recordaba haberlo hecho. Mi ausencia no había sido planeada, ni tan larga como para que todo se viera tan descuidado. Desde la sala de estar podía escucharse un goteo que se amplificaba y se iba pausando con cada segundo que pasaba. Lo siguió el *tic-tac* de las agujas del reloj y cuando creí que no habría nada más desquiciante, repentinamente todo quedó en silencio, como si cada golpe hubiera sido un alarido que apagó cada sonido. Comencé a sentirme mareado. Estaba muy desconcertado. Traté de disimular mis intuiciones, pero la

voluntad de pensar qué era lo que estaba ocurriendo no era suficiente. Me acerqué hasta la ventana y la abrí con intención de buscar alivio en el aire fresco. Desde el balcón podía verse toda la ciudad. Las estrechas calles adoquinadas estaban vacías. Miré al cielo y noté cómo el clima cambió de repente. El vuelo de los pájaros era inquietante. Ellos no sabían qué hacer. Huían en distintas direcciones mientras el viento soplaba acercando a toda prisa las nubes del norte, como si hubiera alguna urgencia en oscurecerlo todo. Nunca voy a olvidar esa postal apocalíptica en la que los demonios pusieron un manto de oscuridad sobre el cielo para que Dios no viera lo que sucedía allí abajo.

VIII

Conocí a Laurélie una tarde de abril. El cielo estaba cubierto por espesas nubes grises que amenazaban con diluviar antes de que pudiera regresar a mi casa. Comencé a aligerar el paso. No quería que la lluvia me sorprendiera a mitad de camino. Pero a lo lejos se oía una voz acompañada por la melodía de un piano que repiqueteaba cada vez más fuerte, y mientras me acercaba, se intensificaba en mis oídos atrapándome más y más. Era conmovedor. Caminé con prisa hasta que me detuve bajo una ventana abierta. Las cortinas

se sacudían con la misma calma de aquella armonía cruda y elegante. Tardé algunos minutos en notarlo, pero había comenzado a llover. Sin embargo, allí me encontraba, resistido por una sutil curiosidad, escuchando atentamente. Se hizo un breve silencio en la música y no pude evitar romperlo con un aplauso. En ese mismo instante Laurélie se asomó. Allí la vi por primera vez. Cruzamos la mirada con una inusual intensidad. Esa poderosa mirada que hoy tanto anhelo, que permanece ausente. Me enamoré de su voz sin siquiera conocer su rostro, y me bastó verla apenas unos segundos para enamorarme completamente de su belleza simple y cautivadora. Cerró abruptamente la ventana y en el momento en que agaché apenado la cabeza presintiendo un gesto de indiferencia, abrió la puerta y se paró delante de mí. Secó mi cara con un pañuelo y sonrió. Me resulta imposible no esbozar una sonrisa al recordarla tan radiante mientras que esa sonrisa se esfuma avivadamente dejando una estela de angustia.

IX

Las heridas que aún no cicatrizaban habían dejado un nauseabundo gusto a sangre en mi boca. Hacía varias horas que el reloj marcaba las diez de la noche,

en punto. En el fondo sabía de qué se trataba, siempre lo supe, aunque mi mente no pudo sobrellevar lo que intuyó. No pienses, no hables, no huyas, no preguntes, no sigas, no despiertes, no te duermas, no la recuerdes, no te lamentes. Parecía saberlo todo y nada al mismo tiempo. A veces se puede fantasear con un desenlace insignificante y otras se puede perder la noción del tiempo sin razón alguna. Y en parte, esa vez hubo algo real que logré percibir. En cierta forma puedo decir que ahí, esa noche de agosto cuando las alas del tiempo comenzaron a desplegarse lentamente, ahí comenzaba esta historia. Justo en ese mismo instante, cuando por fin encontré a Laurélie.

X

En la confusión de esa noche le agradecí a la oscuridad por embellecer un lugar tan tétrico, donde por más que las busqué casi con desesperación, no hallé ningún tipo de barreras para frenar la angustia que desbordaba dentro de mí. He aquí, un amante de los días de sol, solitario en la penumbra, deambulando en un lugar abatido por cientos de años de decadencia. De esa decadencia que asfixia perezosamente hasta dominar a las más intrépidas almas. Donde estremecía la agonía de los vivos e inquietaba la presencia de los

muertos. Reinaba el silencio y en cada minuto reinante, él mismo se convertía en el ruido más bullicioso, aun más insoportable que el sonido de los árboles sacudidos por el soplido del viento o el abrir y cerrar de alguna de las tantas puertas del corredor. Perturbado, llegué hasta la habitación. Dentro de ella estaba la mujer que amaba, tan solo a unos pasos y a medio mundo de distancia, separados por una pesada puerta de acero, encerrada junto con todas las respuestas que necesitaba. Había llegado el momento y no sé por qué dudé tanto en entrar. Quería verla, era lo único de lo que estaba seguro. Me detuve por un instante a mirar mi reflejo en el vidrio de la puerta, mis ojos enrojecidos delataban varias horas de vigilia. Perturba la calma, te agita con esa mirada que hace temblar más que con la palabra, así es Laurélie. La encontré sentada en el suelo. Su pelo desteñido y enmarañado quebrantaba su sereno rostro. Entré con suavidad e inmediatamente agachó la cabeza. Sus manos se sacudían impetuosamente y su piel lucía más pálida que de costumbre. Recién en ese momento lo supe, aunque no pude entender por qué: no era su cuerpo herido, sino su mente quien había cruzado a través de los más recónditos caminos.

XI

«Podría pasar una infinidad de horas observándote. Pero te pido solo un minuto, uno solo, en el que puedas mirarme a los ojos.»

XII

Ahí estaba ella, temblando en silencio, casi avergonzada. Suplicándole al cielo busqué una respuesta en sus ojos. Pero mis palabras no devolvieron siquiera una mirada, ni un suspiro, ni un susurro, ni una risa, ni un llanto. Tan solo un gesto hubiera sido complaciente. Me arrodillé frente a su despiadada indiferencia. Creí escucharla pero fue mi imaginación. Sus labios estaban quietos. Seguí en vano buscando su mirada. Sé que sus ojos hubieran despejado en un instante todas mis dudas. Hubiera bastado con tan solo conectar la mirada. «¿En qué te has transformado Laurélie?» La ignorancia era la punzada más cruel. Mi egoísmo no me permitía entender si era más doloroso no saber qué le había sucedido, o verla en esa lúgubre habitación, oscura, helada, húmeda, con su tan preciada sensatez dilapidada. Había sucedido todo tan repentinamente que solo Dios sabía si nuestras vidas

volverían alguna vez a la normalidad. Miré por la ventana mientras que de mi cabeza escapaban millones de preguntas. ¿Cuántas lunas pasarían hasta que lograra conciliar el sueño? ¿Cuántos soles se pondrían hasta que volviera a escuchar su voz? ¿Qué ocultarían sus ojos? Tal vez escondían el temor que desprendió su reflejo al enmudecer con el paso de las horas inciertas, la belleza que, como gotas de lluvia desplomándose en el suelo, se diluía en el llanto contenido. Quizás, simplemente ocultaban la vergüenza con la que su alma ya no podía reconocerse a sí misma. No podía entenderla o tal vez no quería hacerlo. Me invadía un oscuro deseo de hacerle daño, aunque sé que jamás lo hubiera hecho. Antes de lastimarla, elegiría hacerme daño a mí mismo. Caímos los dos al abismo y me era prácticamente imposible saber quién había arrastrado a quién.

XIII

Rogué a Dios que me arrebatara la ansiedad de obtener una explicación, de obtener una mirada. ¿Pero para qué quería ser visto? Para verme desposeído, sentado a los pies de la cama, mirando a través de la ventana, inmerso en tal confusión que hasta los demonios curiosos se avergonzaban de merodear por allí.

Fue la primera vez que temí a su imagen moribunda, a la mía, a la realidad.

XIV

Tendido a los pies de la cama, me adormecí unos minutos. Y entre ese instante y el momento previo a abrir los ojos, creí que podía evitar los caminos oscuros, pasar desapercibido, esquivar a paso sigiloso el siseo de cada esquina. Pero así como creo, descreo. Y así como hago, deshago. También creí poder recorrer las calles y me aventuré entre la bruma de la madrugada a mirar a la gente que se paseaba, allí donde se mezclan los que vienen con los que van, donde una risa escandalosa florece incógnita y la puerta entreabierta de un balcón insinúa un negocio lujurioso entre las luces tenues. Pero el perfume me mareó y me impidió avanzar. Y tuve que retroceder. Alejarme de la luz y de la música, del hermoso cielo, en uno de los abriles más tristes, de rodillas frente a ella, derramando un sinfín de lágrimas, con las manos tibias y el corazón helado.

XV

Con tantos intentos en vano, elogiaba de mí mismo la habilidad de estropear el juego del paso de los días. Pero, ¿acaso estuve ajeno a la triste verdad de buscar con tanto empeño esas letras que formaban las palabras que mis labios se empeñaron en guardar? Miserable era el alba y malditas fueron las ganas de jugar al no comprender las reglas. De haber querido, hubiera podido dar luz con pinceladas a las tormentas que fueron tibias. Pero caminé hasta la habitación y esa noche despedí no sé a quién mientras observaba a Laurélie ensimismada en esa extraña, silenciosa y solitaria espera. Y temí haber perdido algo más, que no es fácil de explicar, porque de frágiles lenguas oí palabras que me obligaron a callar. Y gracias a Dios que hay silencio en esta vida antes de estrellar la cabeza entre las ruinas. En verdad, es difícil endulzar el hambre del que se aprovechan esos que tan lejos están de la piedad, y a su vez es tan simple que una moneda es suficiente para cruzar el Aqueronte. ¿Pero quién puede esperar a la Muerte luego de librarse de ella?

XVI

La oscuridad de la noche no aportó imágenes para aliviar el dolor. Su rostro seguía oculto entre sus manos. Seguramente querría llevar en soledad su desesperanza. Permanecía completamente ajena a este mundo. Era inaguantable. Aquel rostro tan bello, al que la sonrisa había abandonado, desfigurado por su ausencia, los ojos opacos, el llanto silencioso, las palabras que, de existir aún, permanecían dentro suyo. No tenía la seguridad de a quién encaminar mis ruegos, porque ni el más ilustre de los poetas, aquel que ha recorrido todo el camino, podía ayudarla a salir del infierno. Me acerqué a ella y puse mis manos sobre las suyas mientras las apartaba de su rostro. Levantó la vista, la fijó en la ventana y luego apoyó su cabeza sobre el cristal. ¿Qué esperaba ver llegar desde aquella ventana en una noche donde pocos se hubieran atrevido a cruzar tan siniestras sendas? Tal vez, a quien tememos en pleno deleite de la vida, aquella que cumple los tristes designios y en ocasiones es quien nos trae alivio.

XVII

Las hojas secas crujían bajo mis pies mientras buscaba pasar la tarde deambulando por caminos desolados. Desde el parque podía verse todo el hospital. Aquella gigantesca tumba con tantos secretos como pacientes guardaba. Allí afuera, entre los árboles, yacían bajo tierra los misterios del pasado a los que el tiempo había callado eternamente. Y en mi delirio inspirado por temores supersticiosos, aquellos muertos palpitaban más que los vivos. No había pulso en la habitación de Laurélie y sin embargo había vida en las tumbas. En esas piedras que alguna vez fueron resignación y llanto entre personas como yo, entre quienes han sido castigadas y abrazaron la tentadora idea de unirse a aquel destino para perseguir a los suyos hasta donde fuera necesario con tal de encontrar respuestas. Un cortejo fúnebre se acercaba lentamente desde lo lejos. Pocas personas caminaban en silencio y se santiguaban repetidamente. Me mantuve a cierta distancia para no importunar. Los ruegos para que a aquella alma le abrieran las puertas del cielo debían ser insuficientes debido al fervor con el que eran pronunciados. Lentamente me uní a ellos. Y a orillas del sepulcro, llegó hasta mí un silbido desgarrador que sembró la duda de si era consciente de lo que estaba ocurriendo. Me agaché y con suavidad dejé una rosa

en el suelo, para luego volver con prisa a la habitación de Laurélie.

XVIII

El tiempo batió sus alas con una libertad que a mi entender le fue impropia, si algo de cordura aún tenía mi razonamiento. Y lo perdí, para siempre, porque en sus regresos no pude reconocerlo. Y los días se hicieron semanas, y en mi distracción pudieron ser años. Y así la vi cada día, cada noche, inexpresiva, perdida, encerrada en una habitación contenida por un monstruo, en el centro de una ciudad donde los transeúntes eran demonios traidores. «Laurélie, quiero escuchar las más hermosas palabras salir de tus ojos.» Pero lejos de aquellas palabras que se elevaron con el tiempo, allí estaba, acostada en la cama, palideciendo. El amor que sentía por ella se consumía día a día con el veneno que se esparcía a pasos agigantados. «Laurélie, mírame a los ojos, hazme creer que aún existes.»

XIX

No pude dudar de su existencia tanto como de la mía. Y de tal manera descreí de mí mismo, que miré con asombro mi rostro reflejado en el vidrio de la ventana. Jamás lo noté, pero había envejecido. Observé con serenidad el temblor en mis manos marchitas y tuve la extraña sensación de no haberlas visto en muchos años. Mis ojos pequeños se perdían entre las tantas arrugas que los rodeaban. Acerqué mi mano al vidrio y acaricié angustiado mi reflejo. Luego toqué mi rostro, deslizando mi mano con suavidad desde la mejilla hasta mi cabello completamente gris. Se sentía extraño. Cuántos inviernos sumidos en la penumbra. Cuánto tiempo he tenido para rehacer mi vida. Pero así ha sido mi duelo, tan extenso como el amor que sentí por Laurélie. Tapé mi boca para no gritar pero mi desesperación y mi ardor pasaron a formar parte de un pasado en el que soñaba con que todo volvería a ser como antes. Ya no tenía fuerzas para buscar respuestas. No tenía fuerzas para tratar de recordar. Ya no era necesario. Pasaron treinta y tres años desde que parte de mí entendió que una rosa no bastaba para decir “adiós”. Había una única manera de ponerle un fin a todo esto. Mientras secaba mis lágrimas miré por última vez a Laurélie. Indudablemente prefería

hacerme daño a mí mismo antes que a ella, y no vacilé en hacerlo.

XX

Todos los caminos se inundaron de lágrimas, se oscurecieron, y solo en mi mente por momentos todo se aclaraba, pero la luz que iluminó los senderos reveló una aterradora realidad, esa que me trajo aquí, que nunca quise aceptar. Conseguí la libertad que tanto ansiaba. A fin de cuentas, mis plegarias parecían haber sido escuchadas. Y tímidamente llegó la hora. Laurélie, ahora empiezo a ver las cosas de otra forma.

XXI

Partimos al amanecer. Creí escucharte susurrar. Dijiste algo sobre la muerte, dijiste algo sobre nosotros. Y solo hubo un minuto más. Pero unos minutos no eran suficientes para saber qué hacer. Creí verte sonreír. Reías sobre la muerte, reías sobre el abismo. Y solo hubo un minuto más. Perdí la memoria por un momento que se extendió hasta la eternidad. Creí escucharte llorar. Y tus lágrimas te corrían el maquilla-

je. El frío parecía congelarte. Ya no bastaba un minuto más. Y ahora estás perdida y tan fría. Pero no importa, para mí siempre estarás igual. Y aunque en un solo minuto hubo un susurro, una risa y un llanto, ahora ese río de lágrimas parece volvernos a encontrar…

XXII

En lo profundo, lejos del sol y las estrellas, con una sutileza calcada de sí misma, Laurélie susurra en la quietud de la noche. Su pensamiento fatídico no es más que el revés exagerado de su inocente apariencia. Con su mano derecha realza una vela en señal de veneración. Y sus palabras salieron valientemente de su boca con un impulso casi calculado… "Lo lamento".

EL JUEGO
DEL LIBERTINO

Se inicia el juego

La niña estaba sentada en el suelo frente al tablero de ajedrez. Tenía una vida secreta, era un defecto serio, pero claro que solo ella lo sabía. Peones, alfiles, caballos, reyes y reinas, firmes a pesar de todo. Pequeñas figuras talladas en madera que, gentilmente, guardaban algunos años de confidencias. Tal vez eran los únicos que aún la escuchaban. Habían visto todo. Espectadores de un castigo brutal que dejó marcas para siempre. Pero les esquivaba la mirada mientras le era posible, porque todos ellos habían perdido el entusiasmo de participar en el juego. Llevaba un buen rato junto a la ventana contemplando el bosque de abedules. Le gustaba estar allí, beber el té de a sorbos y fijar en el paisaje esos ojos delatores, pequeños, atiborrados de melancolía, que arrastraban recuerdos desde aquellos árboles que el viento tambaleaba con cierta amabilidad. Volvían a ella las tardes de juegos y carcajadas a orillas del arroyo. Repasaba en su mente todo lo ocurrido. Su cabeza se llenaba de recuerdos mezquinos, como esa ocasión en que las risas hicieron eco estallando en el horizonte. Y si se concentraba,

aún estaban allí, aunque el mundo ya no le era infinito, no para ella. Se preguntó sin encontrar respuesta si alguna vez lo fue, porque las risas podían confundirse fácilmente con un sollozo, y el bien y el mal lograban verse muy parecidos entre sí. Enjugó sus lágrimas y volvió a colocar la vista en el tablero. Jugaba una partida que ya estaba perdida. Quizás sería la última. Deseaba fervientemente que fuera la última. A pesar de su temprana edad, no estaba de buen ánimo para otro juego. Examinó la habitación con desconcierto, como si acabara de entrar allí por primera vez. Paredes repletas de tapicerías extraordinarias. Calidez, rusticidad y elegancia, una combinación fina e hipócrita, coherentemente apegada a la hipocresía que solía rodearla. Cerca de la chimenea, la imagen sombría de un retrato creado con unos pocos óleos oscuros que rechazando el olvido con cada pincelada, dejaba entrever el rostro ya desconocido de la tía Argelia. Respiró hondo e hizo un movimiento tímido con sus diminutas manos sudorosas. Sonrió. El guante negro movió sin vacilar. El rey miró de soslayo a la reina. No estudiaba sus movimientos. Él nunca dijo nada, aunque trataba de decirle algo moviendo cada pieza sin medir las consecuencias, sin miedo a cometer un error. En cambio la niña no tenía la ferocidad del guante. Estudiaba cada jugada, se defendía como podía absorbiendo la confusión del momento. Estaba muy apenada. Le era

imposible concentrarse, la distraía un olor nauseabundo. El bosque se veía cada vez más lejano y el arroyo, como todos los años, desbordaba por las intensas lluvias de otoño. Pero el guante que llevaba a la mano lo hacía con astucia. La niña pensó por un instante en abandonar el juego, no era la primera vez que esa idea deambulaba por su mente, pero ya no quería atravesar el bosque al amanecer. Necesitaba que ese aroma putrefacto le recuerde los maltratos, se podría decir que en cierta forma lo disfrutaba y lo respiraba deleitándose. Necesitaba justificar su aflicción. Al fin y al cabo, no hallaría a su tía Argelia cruzando el arroyo, ni soportaría el eco de una risa más. Los días en que se volvía escurridiza eran parte del pasado. Ya no tenía necesidad de hacerlo. Levantó la vista y volvió a sonreír. Observó que el guante que llevaba a la mano, arrastraba el cuerpo ya sin vida de Argelia. Pero no era el guante, sino ella, quien soportaba todo el peso sobre sus hombros, acarreando años de angustia. Aún sentada en el suelo, los miraba alejarse en la oscuridad hasta perderse entre las sombras. Cada gota de sangre acompañaba modestamente las huellas de las botas y cada pisada desmarcó su destino. El viento había desechado su amabilidad y se violentaba contra los árboles. La niña movió el caballo con astucia. El guante negro vaciló.

Declaración

Declaro que he desaparecido. Si tan solo pudiera mirarme en un espejo podría asegurarme de que aún soy yo. Si tan solo pudiera ver mi reflejo aunque sea desvanecido, podría asegurarme de que sigo siendo un desorientado que ama jugar con el paso del tiempo. Inexplicable y peligroso juego. También amé jugar con las sombras, con las palabras, con el dolor y con las decepciones. Satiricé mi vida para seguir adelante. He sido impuro hasta saciarme. Ansié el ocaso, y mis manos se tornaron moradas tras la disputa por retenerlo. Y se fue, queriendo llevarme consigo. Pero no pude ir. Todos los testigos presentes me proclamaron maldito al verme desaparecer. Tuve que hacerlo porque escuché una voz por allí que me preguntó: «¿Y conseguiste lo que querías en esta vida?» A lo que no supe qué responder y me sentí arrinconado. Pude detenerme y observarme ahí, acorralado entre la gente, mojado, de pie, con las manos libres y mis pensamientos atados. Prisionero de mis actos, prisionero por ignorante, por elegir una celda con vista a un parque en el que no crecen las flores. Luego encontré la respuesta a la pregunta. Tenía ganas de decirla, pero resolví no hacerlo. La olvidé. Sentí vergüenza. Decidí que era mejor esperar un poco. Entonces oí que alguien confesaba sus pecados y mi sátira se tornó tragedia. «¿Me disculparían un momento?» Me levanté de la mesa

refunfuñando. Caminé en dirección a mi habitación. Me pesaban tanto las piernas que arrastré los pies. Todos me miraron despreocupados y la conversación siguió su curso. Llegué hasta mi cama y me santigüé unas dos veces. En la habitación contigua, entre los pocos colores que envolvían el ambiente, alguien se sobresaltó al no reconocer una sombra que se perdía en su negrura. «Es la sombra del libertino.» Ya se me pasará. Declaro que he desaparecido.

Reglas del juego

Un cigarrillo. Decenas de ojos apresurados desparramando miradas cargadas de intriga revelaban una preferencia particular y repugnante. No era una habitual reunión elitista, todo lo contrario, pero existían ciertas peculiaridades exclusivas entre los prójimos. «Bienvenido.» «Gracias.» «Pase por aquí.» «Permiso.» «¿Un vaso de vodka?» «Muy amable.» Y dijo «Presente» en voz alta aquel voluntario que lo besó en la frente. Un guante negro brillaba desafiante sobre la mesa. Nadie supo quién lo había dejado allí, pero todos sabían que ninguno se hubiera atrevido a usarlo. Y empezaba una canción. Algo de jazz gitano tal vez, no lo sé. Una tras otra. Y no importaba que alguien llamara a la puerta. Siempre sonaba una canción tras otra. Eran las siete. Se oyó, quizás, algún tango, algu-

na risa, no estoy seguro. Pero era la noche ideal para que silbara un tango. Un joven invitado, honorable sin dudas, los acompañó con la guitarra en un puñado de canciones. Nunca había tocado una guitarra. «Buen repertorio.» «Gracias.» «Buenas noches.» Pero aquella noche en especial, se lució como uno de los músicos más talentosos, como aquellos grandes guitarristas de antaño. Era de esos que sentían la música de una forma muy particular. ¡Con cuánta pasión tocaba aquel joven músico! Mientras, golpeaban la puerta. Aún servían el vodka. Parecía que la botella jamás se apoyaba en la mesa. ¡Y con qué velocidad bebían! Todos, alrededor del tablero, unos tras otros, apagaron sus cigarrillos para aplaudir a ese joven que nunca había tocado una guitarra. Y ni siquiera lo hizo aquella noche, en la que se lució como uno de los mejores, pero nunca, nadie, está seguro de lo que pasa alrededor. Los golpes de los vasos en la mesa, el humo fantasmagórico que asfixiaba pero que ahí tenía que estar. Algo caótico para quien pudiera imaginarlo, pero no, era una armonía perfectamente controlada. Claro que si se trata de imaginarlo, solo unos pocos pueden hacerlo. Los golpes, la puerta, el humo, el vodka, las cuerdas que no sonaban, la mesa servida, el ruido de los cubiertos, los invitados alrededor, el griterío de los que tenían la boca cerrada y el reloj con las agujas clavadas en las siete. El problema no era que el reloj

estuviese roto, seguía su marcha, pasaba por todos los horarios posibles, el reloj funcionaba perfecto. El problema era que siempre se lo miraba a las siete en punto. Hora en que una mosca zumbaba en el oído de cada uno. Se acercaba, zumbaba, se alejaba, buscaba a otro, y así hacía con cada uno de los invitados. Esa era la rutina de la mosca. Seguían golpeando la puerta. Claro que podrían haber estado así por horas, pero fueron días, semanas, años, décadas, ¿quién sabe? O solo el tiempo que pueda vivir una mosca. Dicen que las moscas pueden vivir aproximadamente unos dos meses, depende de la especie, es difícil calcularlo con exactitud. Creo que un cigarrillo se fuma en siete minutos, siete y medio como mucho, ocho podría tardar algún distraído que lo deja olvidado en el cenicero, no lo sé. También escuché por ahí que una canción dura tres minutos y medio, que al cuarto comienza a aburrir y que al quinto es porque a alguien, vaya uno a saber por qué razón, se le ocurrió que debía durar por siempre. Una botella de vodka dura unas dos horas. No importa cuántas personas la beban, sea una, dos, tres o veinte, la botella de vodka siempre dura dos horas. Y es sabido que el humo del cigarrillo queda allí por siempre, asfixiando, enrojeciendo los ojos de los invitados y murmurando todo lo que recuerda de las noches. Aún susurra años después de haberse apagado el último cigarrillo. Así parece ser que el

humo es el peor amigo de la noche, no porque ahogue, sino porque habla por la mañana. Bien, Catherine caminaba alrededor de la mesa tratando de cazar a la mosca. Y cuando pasó justo frente a la puerta se detuvo a escuchar. Se preguntó: «¿Quién será?» Y siguió su marcha. Entonces alguien apagó las luces. No se escuchó un solo sonido, excepto el de la tecla de luz, y luego todo fue silencio absoluto. A pesar de que las guitarras nunca habían sonado, la mosca ya no zumbaba y los vasos de vodka dejaron de golpear contra la mesa aunque aún estaban llenos. Faltaban solo veinte minutos para que se terminara el vodka. Y alguien seguía llamando a la puerta. El último paso de Catherine resonó en toda la habitación, seco, violento. Entonces, quien golpeaba la puerta por fin la abrió y entró sin vacilar. Miró el reloj. Las siete en punto. El guante negro brillaba en el borde de la mesa. Hubiera jurado que alguien golpeaba la puerta.

La rueda de la muerte de Aragón

Atesoro la calma al dejarme vencer por la fantasía. No es el sueño, embustero y cruel hacedor de imágenes mentirosas, quien agobia. Derrotados o triunfantes, son los pasos de la noche los que ansían la mentira, los que nos conducen entre vergüenzas, entre el canto de las aves, entre la incongruencia de la

vida, de los atardeceres sin importancia y de las avasallantes mañanas donde las lágrimas se amontonan para llevarse las penas. Son las palabras, emergentes desde lo profundo, quienes se elevan aquietadas, día tras día, cargadas del hedor de esas mentiras que soñamos. Quizás un día soñaré con palabras que me recuerden el perfume de las flores. Quizás las voces, prisioneras de la fatiga, empapadas por esas lágrimas que gotean en el alba, quienes luego de girar feroces en las injustas manos del verdugo, despierten eternas, selladas con tinta en un papel. Así tal vez, cuando la noche revele su elegancia, cubierta con el peso de esas mentiras, escuche otra vez sus pasos, y cuando se detenga a tiempo la rueda de la muerte, pueda leer aquellas palabras inmortalizadas para recordar que a fin de cuentas no somos cautivos de los sueños, sino que son los sueños el perfume de la vida.

La calle de los desamparados

Siempre odié todo tipo de reverencias. Y no es casualidad que hoy me aventure por la calle de los desamparados. Mi vida es lamentable, pero conozco esta calle como si yo mismo fuera parte del paisaje. Y esta noche la recubre un silencio enigmático. Siento ganas de romper ese silencio. Tal vez espere. Cuando lo haga, quizás afine bien mi voz, y despierte con la

melodía de los mil cantos que recuerdo. Esa música inútil, desgraciada, hecha para desgraciados como yo, que solo parece avivarse cuando arden las velas y se enrojecen las rodillas de los hombres. Le pediré al viento que acerque un leve murmullo, prácticamente inaudible, y que susurre una de las muchas historias que nunca oí. Tengo miedo, porque me enseñaron a temerle a todo, porque este lugar parece el mismo infierno. Conozco sus caminos tan bien como la misma calle de los desamparados. Donde se pasean las almas de aquellos queridos poetas malditos, aquellos que parecen niños en su fastidioso juego primordial de mostrarse y ocultarse. Pero aquí es distinto, porque brilla una pequeña luz en cualquiera de las tantas casas de la ciudad, y ¿puede existir algo más satisfactorio que celebrar en una de las reuniones semanales de condenados? Solía asistir a ellas desde niño. Y una vez libre de aquellos pecados que nunca cometí, regresé unas tres o cuatro veces, tal vez por nostalgia. «¿Usted está seguro de…?» Es decir… Por supuesto, aún no tengo a dónde ir. ¿De dónde vengo? No lo sé. El pasado es un territorio ajeno acosado por una tensión dramática. ¿Adónde voy? Tampoco lo sé. Estoy cansado de tanto caminar, y esa pequeña luz de aquella fría y lujosa casa llama intensamente mi atención. La puerta está entreabierta. Me invade la nostalgia. Es curioso, ahora dejé de tener miedo, tengo pánico. Me ubiqué

entre los fantasmas de tristes y miserables obreros y campesinos. La desdicha se sentó a mi lado, la miré, la acaricié durante horas. Grité. Ya no pude contenerme. Rompí el silencio. Un guante negro se apoyó sobre mi hombro. Mi mente se tomó la libertad de alucinar. Lamento la confusión. Aquellos obreros y campesinos, no eran sino decenas de inocentes siervos de la gleba acribillados que yacían en el suelo. Volví a gritar. En el nombre del Padre, del Hijo…

La dama de las mareas

Un extenuado sol de media tarde se encubría en la distancia cuando sumida en su depresión, aquella mujer sombría sin nombre a quien todos conocían como "la dama de las mareas", bajó por el acantilado a observar la rabia de las olas rompiendo entre las rocas. Siempre la animaba ser testigo de esa contienda interminable. Sentía en su interior una semejanza con ambas, gozaba de esa mezcla tenue entre violencia y seducción que se traducía en golpes y caricias. Sus ojos reflejaban la presencia de una dama perversa que le grita al viento y habla por lo bajo con las mareas. Sutilmente, entre exclamaciones y susurros, la brisa que soplaba en dirección al océano se llevó un grito enérgico, lastimero, mientras el agua devolvía una súplica. No supo si más tarde extrañaría aquel

grito que dejó ir con nostalgia, que había guardado en su corazón durante tanto tiempo. Se preguntó si alguien del otro lado tal vez lo encontraría algún día, y apresuradamente atesoró aquella húmeda y herida súplica. La tomó con delicadeza y la guardó en su bolsillo. No quiso saber de qué se trataba ni quién la había dejado a merced de la corriente. Solo era una súplica anónima que se perdió en un mundo donde nadie quiso escucharla, que tal vez alguien vio y dejó pasar sin importancia, a la cual quizás nadie pudo atender. Aquella dama, que alguna vez fue una niña criada entre malditos, era ya una roca a la que el desgaste estaba convirtiendo en polvo. Una dama que nunca pudo deshacer el rencor hacia esos oídos imaginarios que no hicieron caso a sus desesperados ruegos, que acostumbraba a vagar con tristeza por las playas y esconder cuantas súplicas ajenas encontrara, con el fin de que nadie más pudiera hallarlas. Jamás se conmovió por ninguna de ellas al igual que nadie se inquietaba por las suyas. Inútilmente dedicó infinidad de años de su vida a desparramar súplicas al cielo, al mar, a las personas, a los ángeles, a Dios, mientras sus esperanzas se esfumaban al desaparecer el llanto. En sus espaldas sentía la mirada acusante de la noche, que no tardaría en llegar. Y cada noche que llegaba era una convulsión de sensaciones, y aquella no fue la excepción. Estaba más inquieta que de costumbre. Ese

ruego que escondió en su bolsillo a orillas del muelle se agitaba con fiereza y hacía más ruido que ningún otro. No pudo soportarlo ni conservarlo por mucho tiempo. Parecía haber viajado en el aire durante años. Le era familiar. El grito afligido de su propia voz de niña la estremeció. Aquella fue la última noche en que se la vio merodear por allí. La luna pintada sobre el mar parecía dibujar una pequeña sonrisa.

Fin del juego

En la profundidad del bosque, bajo las copas de los árboles, un insano rebelde, sacudido por la risa, entre ademanes extraños, se mofa de ser mofado. Se recuesta en blandas hojas, se regocija en su perversidad. Lo sé porque lo he visto, cada noche bajo la claridad de la luna, previo al piadoso llanto del amanecer, entregarse al calor del averno, donde parece sentirse cobijado, donde se halla más tibio que al sol. De allí trae las palabras que el pudor olvida y se lleva las caricias de quien ya no se atreve a tocarlo. Se dibuja entre líneas impías, como si fuese un mal retrato de mi propio rostro. Yo muero cuando él vive. Odio cuando él ama. Y admirado de su existencia, permanezco en silencio cuando habla.

CUATRO MUJERES
PRIVADAS DE RAZÓN

I

Como una vela que, a más no poder, se extingue con su último aliento, el sol se escondía exhalando una tenue luz rojiza que se impregnó sobre los techos de las casas más altas, mientras invitaba al lucero a imponerse en el frente del cielo nocturno. Encendidas una a una, las antorchas iluminaban tímidamente las aceras. Los cascos de los caballos golpeando estrepitosamente sobre las calles indicaban que el tranquilo andar de los paseos de media tarde se había desvanecido en rápida huída. Quedaron atrás el aire tibio, arrastrado con furia por la gélida noche, y la valentía que otorgó el sol para dar rienda suelta a los rumores que se esparcieron por todos los rincones, buscando la hendija en la pared, el hueco bajo la sábana, el oído ingenuo. Y guarnecidas por lo que debían ser las horas del dulce descanso, las palabras que en un principio expulsaron una sincera inquietud, ocupadas en un conjuro silencioso, poco a poco, desobedientes, se hicieron dueñas de los pesares con los que tantas vidas cargaron. Aún podía percibirse la pestilencia que desprende la lumbre mientras que la presencia vigilante

del demonio provocaba miradas de reojo, vergüenza, silencios apesadumbrados. Había comenzado la danza.

II

Isabel fue quien se hizo dueña de las primeras acusaciones, a pesar de que tiempo atrás, nada sabía de tratos con impostores. Su condena fueron los agravios con los que el amor transformó sus risas en infortunados lamentos. Apenas sobrevivía, quejumbrosa de su suerte, herida por la traición y la deshonra que en su lecho se había consumado para luego ser ultimada por la partida que trajo la ausencia. Nunca se imaginó vencida. Se recordó radiante, rebosante de juventud, entregada al amor, en aquellos días de primavera en los que no existían misterios por el destino, donde las aguas fluían cristalinas a través de los prados, en los que gozaba confundirse, bañada por la luz y por las risas, deseosa de no extrañar nunca las caricias dadas y recibidas. Pero la impaciencia se hizo presente de manera tal que se encaminó en sortilegios maléficos. Después de arduos días de trabajo, en la cera ya se veía con claridad la imagen de una joven mujer, que despertaba el odio por encontrarse entre las más bellas, que no reflejaba el temor, que con impudicia había robado sus placeres, su objeto de devoción, su

sosiego. Llegó tan lejos como nunca lo hubiera creído. A fuerza de voluntad disipó cada uno de sus recuerdos. Y luego del correspondiente bautismo, sometió la figura al ardor del fuego mientras el hierro punzante atravesaba su cabeza y cuerpo. Sintió que alguien la tomaba de las manos.

III

Entre las migajas de la pasión, ya la noche mezclada en el silencio, los cerrojos puestos, las velas que humeaban un suave y grisáceo crimen. Jeannette vio abrirse la ventana y mecerse con un soplo las cortinas. Aislada en la frialdad de la alcoba, pensativa. Las bestias con las que soñó triste agonía, vigilaban enfurecidas los jardines con los ojos puestos en su presa, esperando el momento oportuno para hacer realidad los sueños. Se debatían los discípulos del Diablo la suerte de la acusada. Unos fantaseaban agraciados tormentos, otros, absurdas ocurrencias para evidenciar su falta. Si tan solo hubiera podido acercarse a la ventana, medir el cielo con la mirada, rendirse al vacío que la inculpó, subir por el aire hasta las nubes, esquivar las fieras y los jueces, mirar los bosques desde lo alto, atravesar mares y países… Pero sin encomendarse a Dios ni al Diablo, olvidó su nombre en aquel vergon-

zoso culto de salvación. El tribunal disipó sus dudas. Luego sintió que alguien la tomaba de las manos.

IV

El ruido de las cadenas sacudidas ahuyentó a las aves que frecuentaban las ménsulas de la torre. Las gentes de los alrededores miraron de reojo hacia lo alto, y la misericordia que exigían en silencio buscó el camino entre los cielos hasta fundirse con el dolor que resbalaba lentamente, perdiéndose ambos en lastimoso fin. Además de sus ropas, Claire se quitó con valor las tantas inmundicias que nunca vistió, y a medida en que cientos de ojos misóginos se fijaban sobre su cuerpo desnudo y atemorizado, se cubría con pieles de orgullo y muerte. Pensó en el destino, en que jamás hubiera podido despojarse de la virtud de la pobreza. Atesoró la complicidad de los pobres locos de Belén, y la devoción por las viudas olvidadas y los huérfanos. Ha sido ultrajado el amor, la bondad, el enigma de un sonido apagado, melancólico, los ojos cerrados, lo que pudo enseñar cada palabra en la oscuridad del bosque, la sangre de las manos, las obras piadosas y la esperanza puesta en el acero que pondría fin al hambre, a la soledad, al martirio de vivir condenada al vicio ajeno. Llevaba demasiado tiempo enmudecida.

Con sus manos cayeron los grilletes que oprimían su cuerpo, sin embargo, se vio intacta al alejarse. Sintió que alguien la tomaba de las manos.

V

He aquí lo que Galoise nunca ha visto despierta. Arrastrada por la perdición, licenciosa de volar entre sus semejantes, emprendió el viaje escoltando a pérfidas viajeras nocturnas, recorriendo grandes distancias a través de los bosques, lanzando gritos junto a aquellas criaturas que volaban entre los árboles, deseosas de carne y sangre de humanos. Entendió que ya era tiempo de abandonar la pureza marchita, que se había secado con el frío de cada invierno, atrevida en sus instintos por las bajezas de un destino cruel, de un amor que fue ingrato en el sueño y la vigilia. Liberó un torbellino a su paso, y entre los vientos llegó al lugar pactado de reunión. Los alaridos resonaron en los enlutados valles, las estrellas atenuaron su luz ante el espanto, y las risas grotescas dieron comienzo a enloquecedores actos clandestinos. Se vio a sí misma excedida en el frenesí de una noche vaporosa, donde se suscitaban tantos desprecios incomprensibles, y la llama del odio, que podría haber sido sometida como en tantas ocasiones, se extendió en un incendio voraz

que arrasó a su arrinconada bondad, encontrándose frente a frente con su no amado, a quien luego de arrojarle miradas de desprecio, le extirpó con afecto el corazón, mientras sentía que alguien la tomaba de las manos.

VI

Unas tras otras, tomadas de las manos, en pleno andar sobre la pendiente, con la mirada puesta en el horizonte, allí donde no existen otoños ni primaveras, donde solo existen semejanzas, donde no hay posibilidades de revanchas. Tras los ojos de nadie puede existir el asombro de encontrar en descanso a la mejor de las desafortunadas, a quien luego de haberse perdido en la furia de tan macabra danza, vino el sueño decidido a entregarla, dejando a todas privadas de estar allí, más allá de aquella adversa procesión. Y en ese mundo, en donde aún existían quebradizos peldaños para escalar, en una hermosa mañana, cuando el carro detuvo su marcha, donde el fuego ya era un recuerdo, donde el cielo se tuerce hacia las flores que despiertan, allí mismo, colgaban de los árboles, en idéntica hilera a la de la procesión, los cuerpos de dichas compañeras de baile, ya sin temor, ya sin Dios, sin Diablo y sin Muerte.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Febrero de 2013